



SEGUNDA PARTE.

QUE DA CUENTA, Y DECLARA
de los Terremotos de la Plaza de Oràn,
y lo demàs que verà el curioso
Lector.

OTra vez, sagrada Aurora,
Inmaculada Princesa,
Hija del Eterno Padre,
intacta Madre perfecta
del Divino Redentor,
de nuestra naturaleza,

y del Espiritu Santo
Esposa càndida, y tierna.
Templo, y virgineo sagrario
de la Trinidad inmensa.
Nube preciosa, que Elias
te viò por la sacra Esfera.

Del

Del Patriarca Jacob
Escala, que al Cielo llega
exornada ricamente
de aladas Inteligencias.
Palma, que sin ladearse
sube à la mansion eterna.
Azucena misteriosa,
que entre las espinas fieras
nacistes sin que pudiesen
infestar tu gran Pureza.
Judith valerosa y fuerte,
que cortastes la cabeza
al infernal Holofernes,
causa de nuestras miserias.
Fortaleza de David,
que pertrechada se muestra
con el Escudo sagrado
de nuestro amparo y defensa.
Del eterno Salomon
Silla magnifica y règia.
El Evangelista Juan
bien declara tus grandezas,
diciendo: Que sola tù
eres la Muger perfecta,
la que triunfò de la Hydra
de siete horribles cabezas,
vestida del Sol y Luna,
y coronada de Estrellas.
Eres la Real Esthèr

de universal Ley exempta,
por mas que el soberbio Amàn
tu ruina pretendiera.
¡ O prudente Abigail,
que los enojos desechas
de aquel David Soberano
quando enojado se muestra!
¡ O hermosisima Raquèl!
¡ O Lia fecunda y tierna!
A ti digo, Virgen pura,
Reyna del Cielo y la Tierra,
para que tu patrocinio
me asista en aquesta empresa.
Ya sabes, Lector discreto,
como en la Parte primera
quedò Oràn arruinado
por los temblores de tierra.
Sabiendo aquesto los Moros
con diligencia se aprestan
à poner su acampamento
de las ruinas muy cerca.
Aunq̃ han padecido el mismo
terrible temblor de tierra
los Moros de Mascarà,
de Canastel, y otras Tierras,
no obstante haber padecido
estas fatales escenas
à molestar principiaron
à las fuertes Tropas nuestras,

de tantos trabajos
muy fatigadas y enfermas,
haciendo mil correrias
por pretender su braveza
ganar la Plaza de Oràn,
pero en valde se molestan.
En el dia veinte y tres
con muy osada soberbia
quisieron dàr un asalto
al Castillo, ò Fortaleza
del nacimiento del agua;
aquí la Bondad inmensa
fortaleciò nuestras Tropas,
porque rebatido fuera
el Mahometano enemigo,
y con pèrdida saliera
de gran multitud de Moros,
y abatida su soberbia;
de los nuestros solos tres
murieron en la pelèa.
Advirtiòse, que en la cumbre
del Monte en la Meseta,
que domina à Santa Cruz,
se hizo el Moro fuerte en ella
con una cruel bateria
de morteros y de piezas,
y aunq̃ hicieron mucho fuego
de nada les aprovecha,
dies se vieron precisados

de dexar tan ardua empresa.
De Santa Cruz el Castillo
despedia mil centellas,
y por attrimarse el Moro
al pie de la Fortaleza
muchas granadas de manò
les arrojaron, y èstas
les causaron tanto daño,
que les pasma y amedrenta,
y no por eso dexaron
de hacer al Castillo fuerza
con picos; pero salieron
con gran pèrdida y afrenta:
En el dia veinte y cinco
hubo otro temblor de tierra
aun mas fuerte, que el primero,
y abierto muchas grietas
tan profundas, que la vista
no las alcanza y penetra.
De la Ciudad las ruinas
han abaxado en la tierra
un considerable espacio,
que teme la Tropa nuestra
ser tragada, y ha llenado
de consternacion à ella.
En el dia veinte y nueve
viendo el Moro su tragedia
con gran prisa levantò
el Sitio, y en paz nos dexa.

La

La Poblacion ha quedado
inhabitable y desierta,
aunq̄ no ha hecho mucho daño
ni efecto en las Fortalezas.
Por un càculo prudente
se ha hecho la tasa y cuenta,
q̄ han muerto en esta desgracia
hasta dos mil y quinientas
personas entre la Tropa,
y el Paysanage, Dios quiera

que hayan subido triu.
à la Patria verdadera.
Y ahora, Catholicos Fieles
à vista de esta tragedia
pidamos misericordia
à la Trinidad Suprema.
Y en lo succesivo todos
refrenemos las torpezas
hasta alcanzar una vida
dulce, agradable y perfecta

F I N .

CON LICENCIA.

En Valencia: Por Joseph Estevan y Cervera, Plaza
del Horno de San Andrés. Año 1790.

repetido temblor,
unque no con tanta fuerza.
que acaeciò al instante
la primera tragedia
de arruinar la Ciudad toda
y Dios, què cruel tormenta!)
n haber quedado en pie
na casa tan siquiera,
lo que es mas lamentable,
que las Sagradas Iglesias,
los cèlebres Conventos
onde à la Bondad inmensa
tributan soberanas
abanzas y Completas,
arruinaron (què tormento!)
orad, Christianos, apriesa,
o ceséis, que es el motivo
de esta tan tràgica escena
de lascivos pasatiempos,
n haber al vicio enmienda.
Pero què admirable es,
ñor, tu piedad eterna,
que el Convento celebrado
de las Mercedes conservas,
para que tu santo Culto
n las ruinas resplandezca!
Del General el Palacio
ayò al primer golpe en tierra,
al instante perecieron

èl, y su familia entera.
El Quartel del Regimiento
de Asturias pasò la mesma
ruina, y alli feneciò
toda la Tropa, (què pena!)
Seis Soldados de Navarra
sufrieron la muerte adversa,
y once Oficiales del mismo,
(Dios mio, tened clemencia!)
Del Regimiento del Fixo
el Mayor sin vida queda.
De Lisboa perecieron
cinco Oficiales, à estas
desgracias se amontonaron
innumerables tragedias.
Debaxo de las ruinas
muchas familias enteras
estàn sumergidas, què ansia!
Y entre tanta turbulencia
la madre lloraba al hijo,
diciendo: Querida prenda,
la tierra te ha sumergido
para aumentar mis quejas.
El hijo al verse sin madre
se aflige con ansias tiernas!
La muger llora al esposo,
y el esposo se amedrenta
al mirar, que su consorte
yace debaxo la tierra.

Todo

Todo son ayes , temores,
llantos , afficciones , penas,
tormentos , angustias , males,
suspiros , y voces llenas
de amargura y de dolor,
que los corazones quiebra.
Aqui hay un moribundo
pidiendole à Dios clemencia;
allà affigidos heridos,
acullà muertos en tierra.
Los Reverendos Prelados,
que son la voz de la Iglesia
exortan à los vivientes
à una amable penitencia,
para que aplaque el Señor
su justicia , santa y recta.
Por las calles vãn gritando:
Clemencia, Señor, clemencia,
ya contritos , y humillados
se miran vuestras ovejas.
Aqui confiesan à uno,
porque la muerte le estrecha:
Allà con razones santas
le encaminan à la senda
de la Bienaventuranza,
por medio la penitencia.

¡ O Dios de Misericordia,
usadla en aquesta escenas;
mirad con benignos ojos
à los que en la Sangre vuestra
de la muerte redimisteis
por darles la Gloria eterna.
La gente està sin abrigo,
del tiempo à las inclemencias
sufriendo hambres , trabajo
y fatigables miserias
por haberse arruinado
toda la Ciudad entera,
con todos los comestibles,
la mas esencial materia
para conservar la vida,
y dár aliento à las fuerzas.
Aun no venia à tocar
por Compañia completa
un quarteròn de pan , siendo
para quatro dias , y era
preciso ir à buscar
à la Huerta algunas yerbas.
En donde los dexaremos
entre congojas y penas;
y en otra segunda Parte
dirè lo demàs que resta.

F I N